

Teatre Regina

«Cos», éxito de la antidanza

La danza, tanto la clásica como la contemporánea, tiene una misma pretensión: subrayar la capacidad del danzarín para transformarse en un personaje aéreo, liberado de la fuerza de la gravedad. Albert Vidal, en «Cos», parte del supuesto contrario: la fuerza de la gravedad es aceptada como la premisa ineludible a partir de la cual concebir cualquier movimiento. Por lo tanto, la dificultad de danzar, de ocupar el espacio, no es escamoteada al espectador, sino que se le presenta con todo el esfuerzo que conlleva. La exhibición de dicha dificultad genera una estética y se convierte en una danza que es, en el sentido más estricto, una antidanza. En «Cos» todo está provisto de peso: la luz ha de ser transportada en neones, que son una especie de jaulas donde aquello que es más etéreo, la claridad, queda transformado en un objeto que hay que desplazar. En el último cuadro la luz irradia de unas plataformas que circulan de manera autónoma por el escenario, y permanece a ras de suelo.

Ya es sintomático que esta investigación sobre los puntos esenciales de la danza la haya emprendido Albert Vidal y no alguno de los numerosos grupos de danza que entre nosotros, con acierto o sin tanto acierto, siguen unos caminos que otros han trillado y ellos no discuten. Albert Vidal, a través de un trabajo profundizado sobre las posibilidades expresivas del cuerpo —del cual fueron muestra sus anteriores trabajos de mimo— se ha planteado ahora el presente con un rigor que no cede ante ninguna tentación. Si alguien objeta que «Cos» manifiesta aún una cierta frialdad de laboratorio habrá que darle la razón: «Cos» no puede medirse en grados de temperatura sino en grados de densidad. Si trasladásemos la comparación al campo de la plástica —y «Cos» es en buena parte un espectáculo plástico— el nombre que primero nos vendría a la mente sería el de Malevitch: el del mejor Malevitch, el de los años de juventud, cuando el pintor experimenta con la materialidad de la pintura y se adentra poco a poco por el mundo de las formas.

En «Cos» hallamos el subrayado de los dos extremos entre los que oscila el danzarín:



«Cos», un espectáculo de danza donde la luz juega un papel importante. Foto: Sergio Lainz

así, podemos contemplar la irónica evolución de un actor vestido con tutú contrapuesta, al cabo de unas escenas, con la penosa ascensión del Nijinsky incapaz de elevarse en el espacio con el esfuerzo de su cuerpo: en el último cuadro Albert Vidal consigue la ascensión de manera apoteósica y ortopédica, gracias a un torniquete metálico sobre el que se instala. El hombre no puede volar con alas, no es necesario, pues, que disimule que la única manera como puede hacerlo es con máquinas.

Cuanto hemos explicado puede resumirse diciendo que «Cos» es un espectáculo de un gran interés y una gran calidad, y que señala un punto de solidez en la trayectoria de Albert Vidal. A la vez, Albert Vidal, en tanto que actor, lleva a tér-

mino en él un estudio del maquillaje y de la expresión facial; e investiga también en la expresión vocal en la escena del danzarín que es arrastrado por el suelo sin conseguir incorporarse. Con él, Dietrich Grosse, Albert Jaén, Toni Jodar y Xavier Millen muestran una disciplina sin fisuras puesta al servicio de la concepción global del espectáculo. Hay que citar también la música de Alberto Iglesias y de Javier Navarrete que sumerge a los actores en un clima de claustrofobia sonora y se convierte —como una nueva manifestación de la fuerza de la gravedad— en un factor que frena la fuerza del danzarín y le condensa a una existencia desprovista de alas, a un destino larval.

Xavier FABREGAS